



JUDITH.

Momentos hay supremos, que la razón no se atreve á preveer, y en los cuales el alma, haciéndose superior á sí misma, puede en efecto todo lo que crea poder.

(Lebrun.)

UNAS circunstancias no hacen al hombre, es una verdad; pero ellas le dan á conocer, exigiendo de él todo lo que puede dar. Semejantes á una nube de tempestad que al contacto de una punta metálica hace estallar en chispas de fuego y en tortuosos y prolongados giros la electricidad que hasta entónces llevaba en su seno sin rayos y sin estrépito, llevamos en nosotros ciertas facultades, cuya completa energía no se despliega ni pone juego, y que se ejercitan pacíficamente y sin ruido en los deberes que nos imponen la sociedad y la familia. Mas cuando los sucesos que rodean al hombre toman un carácter grandioso y extraordinario, y turbado el



Viuda é hijos de Arango, Editores

Lit. de Llano y cop.

JUDITH.

curso uniforme de sus dias, hieren su sensibilidad con inusitado espectáculo, agítanse sus potencias, su alma se exalta, la suerte misma de sus empresas, le anima, le encumbra, los peligros le hacen un héroe, se levanta grande del seno de la desgracia. Las cosas mismas, los sucesos parecen iluminar su génio y revelarle la plenitud de sus fuerzas, traspasando de improviso las habituales proporciones de su naturaleza, doma, encadena, dá direccion á los acontecimientos, ó si sucumbe delante de ellos, sepulta su ciega victoria en el esplendor inmortal de su valor; haciéndose igual á los sucesos que logra someter, y superior á los sucesos que no ha podido desviar.

A la voz de la religion ó de la patria amenazada sobre todo, es á lo que el hombre siente sus entrañas estremecerse y abrirse su corazon á generosas inspiraciones. En la guerra especialmente, en la cual todos los intereses están implicados con la vida, es donde las fuerzas latentes del hombre se desplegan de un modo mas magnífico, y en donde es mas capaz de esos golpes supremos de audacia y de sacrificio que producen los trofeos del triunfo. La mujer misma siente tambien este belicoso entusiasmo, que arrancándola de las habitudes de su sexo, arma su debilidad de toda la intrepidez del mas varonil esfuerzo. Tal se mostró Judith, mujer verdaderamente fuerte, que puso en fuga un ejército, y libró su ciudad natal de las calamidades de un sitio, y de los horrores de un saqueo. Preparada por el ayuno y por la oracion, y poniendo una firme confianza en Dios que protege á las almas rectas, osó afrontar la insolencia de los batallones enemigos. Resuelta y prudente al mismo tiempo, no flaqueó su corazon en el momento del peligro, y su virtud quedó sin tacha. Así su nombre, que la religion pronuncia con respeto, brilla con el fulgor de una popularidad gloriosa.

Los monarcas asirios son citados en la Escritura por su orgullo. Uno de ellos, conocido en la historia bajo el nombre de Saosduschim, que reinaba en Babilonia poco despues de la grande cautividad de los judíos, quiso someter á su dominio todos los pueblos

del Asia, y destruir sus templos y sus altares, para hacerse proclamar dios. Cometió la ejecucion de sus designios á Holoférnes, general en gefe de sus tropas. Partió éste con un ejército formidable: el terror marchaba delante de él. Consternadas las poblaciones por donde habia de pasar, le recibian con coronas y al son de instrumentos como para regocijarse de sus victorias; pero así como no le detenian las resistencias, las sumisiones le hallaban inflexible: arrastró al través de veinte privincias el incendio y el pillaje. Los israelitas probaron defenderse: apoderáronse de las alturas ó cimas de las montañas que dominan los desfiladeros por donde podia ser mas fácilmente tomada Jerusalem, enviaron gente á toda la frontera de Samaria hasta Jericó, cercaron de muros sus aldeas, almacenaron granos, é hicieron todos los preparativos para una tenaz y general resistencia. Toda esa actividad desplegó el sumo sacerdote Eliacim, que estaba al frente del pueblo de Israel. Pero no olvidaron tampoco el recurrir á los ejercicios de la religion que pudiesen aplacar el cielo, y atraer sobre ellos el auxilio de una eficaz proteccion. Todo el pueblo clamó al Señor con fervientes súplicas, se cubrieron con el cilicio, se mortificaron con el ayuno y con las privaciones. El sumo sacerdote animaba con su presencia aquellos actos de compuncion y penitencia, no descuidando de otra parte los medios de defensa, y procuraba dar aliento á los ánimos decaidos y esforzar á los valerosos. “Acordaos de Moisés, les decia, el cual no venció con las armas, sino con la oracion, á los amalecitas que confiaban en su fuerza y en su poder, y en su ejércitos, y en sus carros y caballos. Lo mismo sucederá con todos los enemigos de Israel, si perseverareis cómo habeis comenzado.”

Admirado y furioso Holoférnes, preguntó cual era el pueblo que osaba esperarle con las armas en la mano, y el único entre todos los pueblos de la parte de Oriente que habia menospreciado su poder y no le habia salido al encuentro para ofrecerle su amistad. Aquior, gefe de los ammonitas, que servian ya bajo las órdenes del conquistador, respondió que los israelitas serian fácilmente

vencidos si habian hecho traicion á su Dios; pero que si le habian permanecido fieles, no se les podria atacar sin ser despues el escarnio de la tierra. Para ello compendió delante del gefe asirio la historia del pueblo de Dios, su origen y engrandecimiento, su partida de Egipto, la sumersion de Faraon y de su ejército en el Mar Rojo, los prodigios del Desierto, sus victorias sobre los reyes vecinos, y sus derrotas cuando se apartaron de Dios. Aquellas palabras empero, que hacian depender los sucesos de la guerra de una fuerza enteramente distinta del valor y del génio de Holoférnes, hirieron vivamente su natural fiereza; los magnates que le rodearon dieron muestras de viva indignacion contra el que tan ingénuamente les hablaba: “¿Quién es éste, decian, que se atreve á proferir que á nuestro rey y á sus ejércitos pueden hacer frente los hijos de Israel, unos hombres sin armas, y sin valor ni pericia en el arte militar?” El feroz caudillo mientras estaba meditando el modo de castigarlos, para manifestar mejor la confianza que en sus armas tenia, dió orden de conducir á Aquior hácia Betulia, en donde se habian encerrado los israelitas, y prometió volverle á encontrar allí un dia, y hacerle expiar la franqueza de su lenguaje. “Ya que la has echado de profeta, le dijo, diciéndonos que el pueblo de Israel es defendido por su Dios, para hacerte ver que no hay mas dios que nuestro rey, tú vas á ser agregado á aquel pueblo, para que, cuando mi espada les hubiere dado á todos el castigo merecido, caigas traspasado por el cuchillo del asirio entre los heridos de Israel, y seas envuelto en la venganza.”

Los betulianos, en una salida que hicieron, dejáronse caer sobre las tropas de Holoférnes, las cuales tomaron la fuga despues de haber atado de piés y manos á un árbol á Aquior. Pero desatándole los hijos de Israel, condujeron aquel infortunado príncipe á Betulia, y puesto en medio del pueblo, fué preguntado por qué de aquel modo lo habian tratado los asirios. Refirió Aquior todo lo que le habia pasado con Holoférnes, y el castigo que éste le habia dado y el que esperaba darle porque habia hablado sin rebozo. Gran consternacion y luto causaron en Betulia las esperanzas crueles de

Holoférnes; el llanto era universal, y las oraciones al Señor eran incesantes. Y creció de punto el sobresalto y el terror cuando en la mañana siguiente se vió al general asirio venir con todas sus tropas contra la ciudad. Ciento y veinte mil soldados de infantería y veinte y dos mil de caballería componian el ejército sitiador, sin contar los que el caudillo asirio habia hecho alistar de entre los cautivos, y toda la juventud que se habia llevado por fuerza de las provincias y ciudades. Toda aquella muchedumbre, dispuesta á entrar en batalla, habia avanzado por la ladera del monte hasta la altura que domina sobre Dothain, desde el lugar llamado Belma hasta Quelmon, situado en frente de Estelon. Cuando los hijos de Israel divisaron aquel inmenso gentío, postrarónse en tierra, echando ceniza sobre sus cabezas y rogando á una voz al Dios de Israel que mostrase su misericordia para con su pueblo. Y tomando las armas se apostaron en las alturas que dominaban la entrada á la ciudad, que formaba un estrecho sendero en medio de los montes vigilando de día y de noche. Holoférnes por su parte, despues de haberse informado de los alrededores, en lugar de combatir, resolvió forzar á los habitantes á rendirse ó á morir de sed: mandó cortar un acueducto por donde recibian éstos las aguas de lo exterior, pues Betulia estaba situada sobre una altura, y á pesar de las disposiciones del sitiador, quedaban á poca distancia de los muros algunos pequeños manantiales de donde los sitiados iban á sacar á escondidas un poco de agua, mas bien para aliviar la sed que para apagarla. Pero presto les fué quitado este último recurso, pues á instigacion de los amonitas y de los moabitas, apostó Holoférnes cien hombres de guardia al rededor de cada manantial; los sitiados se sostuvieron aun veinte dias, pero pasado estos, llegaron á agotarse todas las cisternas y depósitos de agua de Betulia, por manera que no quedó en la ciudad agua bastante para saciar la sed de un solo dia. En tan extremado apuro, todos los sitiados, hombres, mujeres y niños acudieron á tropel á Ozias, que habia organizado y sostenia y alentaba la resistencia: y reducidos á ser víctimas de la sed y de la miseria, pidiéronle á

grandes voces el que se rindiesen á discrecion, “porque mas vale vivir cautivos, decian, y bendecir al Señor, que morir y ser el oprobio de todo el mundo, despues de haber visto espirar á nuestros ojos nuestras esposas y nuestros hijos.” Mezclaron sus súplicas con llantos y alaridos, con grandes gritos de misericordia hácia Dios, y no cesaron sus lamentos hasta que se sintieron fatigados de clamar y llorar. Viendo Ozias aquella desconsolada multitud, levantóse bañado en lágrimas y dijo: “Tened buen ánimo, hermanos míos, y esperemos por cinco dias mas la misericordia del Señor, que quizá aplacará su enojo y hará brillar la gloria de su nombre. Mas si pasados estos no viene ningun socorro, harémos lo que habeis dicho.”

Estas palabras de Ozias fueron reportadas á Judit, hija de Merari, de la tribu de Simeon. Judith era viuda de tres años y medio. Su marido se llamaba Manasés, que murió de un calor en la cabeza, herido por los rayos del sol mientras iba dando priesa á los que trabajaban en la siega de sus granos; y dejó todas sus riquezas, que eran considerables, sus servidoras y sus ganados á Judith, cuya belleza era aún mayor que su opulencia. Mujer dotada de un corazón noble y magnánimo, todas sus fieles afecciones quedaron en el sepulcro de aquel que habia una vez sido su objeto; modelo de lealtad conyugal, y de una viudez generosa, que alimentando el alma con los gratos recuerdos de la persona que se amó, sabe vivir de ellos solo; mezclando su constante y tranquilo dolor con las memorias del cielo. Judith, desde que habia quedado viuda, no tenia otras delicias que las de la religion. En lo mas elevado de su casa se habia hecho construir una habitacion separada, en cuyo retiro vivia con su sirvienta: llevaba un grosero cilicio, ó saco de penitencia, señal de su inconsolable dolor, y ayunaba casi todos los dias. Esta conducta, inspirada por piadosos sentimientos, le habia conciliado la estimation general, y ni una palabra de disfavor habia nunca marchitado el terso brillo de su reputacion, este frágil pero hermoso ornamento de las jóvenes viudas. Tal era Judith en Betulia.

Luego que supo esta mujer magnánima por medio de sus conciudadanos que Ozias habia prometido dentro de cinco dias entregar la ciudad, envió á buscar á los ancianos del pueblo, y les dijo: "¿Qué demanda es esa, en que ha consentido Ozias, de entregar la ciudad á los asirios, si dentro de cinco dias no os viene socorro? ¿Y quién sois vosotros para tentar así al Señor? Medio es este, no para atraer su misericordia, sino mas bien para provocar su ira y encender su furor. Vosotros habeis fijado un plazo á las piedades del Señor, y le habeis señalado dia, conforme á vuestro arbitrio. Pero pues que el Señor es sufrido, arrepintámonos de esta falta, que acabamos de cometer, y bañados en lágrimas, imploramos su misericordia. No son las amenazas de Dios como las de los hombres..... y consideremos que los azotes con que el Señor nos castiga como á sus esclavos, nos han venido para corregirnos y no para perdernos." Aquella ilustre mujer, con aquella superior inteligencia de las cosas que viene de la fé, recordaba muy oportunamente las doctrinas visiblemente marcadas en toda la historia de los judíos, y que deben presidir á la vida de todos los hombres; esto es, de una parte que las calamidades aparecen en el mundo como la punición de delitos anteriores, de los cuales ó somos personalmente culpables, ó simplemente cómplices, y que en todo caso son una prueba que se trata de sobrellevar con resignacion y de hacer servir en provecho nuestro; y de otra parte, que no debemos presumir demasiado de la prudencia humana, ni excluir á Dios de nuestros consejos, pues sea como fuere, él nos ha hecho libres para obedecer con gloria y no para resistir con orgullo; para comprender y ejecutar sus designios, y no para combatirlos ni para sustituir á ellos los nuestros propios.

A esto, pues, respondieron Ozias y los ancianos del pueblo: "Mucha verdad es todo lo que has dicho, y tus razones no tienen réplica. Ruega pues ahora por nosotros, puesto que eres una mujer santa y temerosa de Dios." Y replicó Judith: "Así como conocéis ser de Dios lo que acabo de decir, así sabreis tambien por experiencia si viene de él lo que tengo resuelto ejecutar, y rogad-

le para que me ratifique en mi designio. Esta noche estareis vosotros en la puerta de la ciudad, y yo saldré fuera con mi doncella: y orad al Señor á fin de que dentro de los cinco dias que dijisteis, arroje una mirada de clemencia y de proteccion hácia su pueblo de Israel. No quiero que me preguntéis sobre lo que intento hacer, y hasta que venga yo á noticiároslo, que no se haga otra cosa que rogar por mí á Nuestro Señor Dios." "Vete en paz, le dijo Ozias, príncipe de Judá, y el Señor sea contigo para vengarnos de nuestros enemigos." Y se marchó, seguido de los ancianos del pueblo.

Retirados éstos, Judith entró en su retrete, que era su oratorio, y vistiéndose de cilicio, esparció ceniza sobre su cabeza, y postrada delante de Dios, recordando la venganza que su abuelo Simeon habia tomado en otro tiempo del ultraje hecho á Dina, exclamó: "Señor Dios de mi padre Simeon, en cuya mano pusiste la espada para castigar á unos extranjerros, profanadores impuros de la gloria de una vírgen, que entregásteis sus mujeres como un botín de guerra, sus hijas al cautiverio, y sus despojos á ser repartidos entre sus servidores que ardieron en celo por tu honor, asiste te suplico, ¡oh Dios mio! á una viuda desolada. Puesto que eres tú el que obraste las antiguas maravillas, y el que tienes resuelto obrar otras despues, y que todo pende de tu voluntad: ya que preparados están tus caminos, y tus juicios tienen su fundamento en tu inefable providencia, vuelve ahora la vista sobre el campamento de los asirios, como en otro tiempo te dignaste volver al de los egipcios, cuando éstos corrian armados en pos de tus siervos, confiados en sus carros, en su caballería y en la muchedumbre de sus guerreros, tendiste la vista sobre su campo, y quedaron envueltos en las tinieblas, el abismo detuvo sus pasos, y las aguas los devoraron. Así sucede con éstos, Señor, que ponen la confianza en su gran número, que pavonean en sus carros y sus picas, y en sus escudos y en sus lanzas; y no conocen que eres Nuestro Dios, tú, que desde el principio de los tiempos disipas las legiones, y tienes por nombre el Señor. Levanta tu brazo, como ya otra vez hiciste, y

con tu poder destruye su poder: caiga al golpe de tu indignacion la fuerza de los que presumen violar tu santuario, y profanar el tabernáculo dedicado á tu santo nombre, y derribar la majestad de tu altar augusto."

El indicando despues el ardid de que ella pensaba valerse contra Holofernes, añadió: «Haz, Señor, que la cabeza de ese soberbio caiga cortada con su propio alfange; que al verme quede prendido por sus propios ojos, como en un lazo: hiérele tú con el encanto de mis palabras: infunde en mi corazon constancia para despreciarle, y valor para destruirle. Derribado quede por la mano de una mujer, y sea esta la gloria de tu santo nombre. Que no consiste, Señor, tu poder en el número de los esquadrones, ni te places en la fuerza de los caballos, ni han sido nunca de tu agrado los soberbios, y solo has recibido con gusto las súplicas de los que te ruegan con humildad y mansedumbre. ¡Oh Dios de los cielos, Criador de las aguas y Señor de todo lo Creado! escucha á esta débil mortal que te invoca, y que lo espera todo de tu misericordia. Acuérdate, Señor, de tu alianza, y pon tú mismo las palabras sobre mis labios: fortifica mi corazon en esta empresa, á fin de que tu nombre se mantenga siempre immaculado para tu culto, y reconozcan todos los pueblos de la tierra que tú eres el verdadero Dios, y que no hay otro fuera de tí."

El designio de Judith, como ya se desprende de sus mismas palabras, era el de inspirar alguna pasion á Holofernes, y de aprovecharse, para perderle, de la loca confianza que sin duda la concedería: juntábanse en su pensamiento el patriotismo y la religion para aconsejarle el librar á la tierra del yugo opresor de un enemigo cruel: se puede muy bien decir que Dios robustecia este proyecto en el corazon de aquella hembra intrépida; y así es un caso excepcional, que no puede servir de norma para el proceder ordinario de la vida, y por lo comun son muy otras las sendas que conducen á tan glorioso término. Pudo muy bien Judith ver delineada en rasgos de fuego dentro de su conciencia la vocacion especial á la que la llamaba el cielo, y buscar en ideas

demasiado humanas y preferir por error medios desgraciados para llenarla. No hay duda que el patriotismo tiene su exaltacion, estratagemas la guerra; pero la moral tiene tambien sus derechos, y la religion sus preceptos: es permitido callar secretos, pero está prohibido el engañar por expresos embustes. Llamar á su socorro peligrosos atractivos, y arrostrar en sí y hacer correr á otros los percances de un mal probable, es lo que la razon reprueba y lo que Dios prohíbe. Si no nos es, pues, posible aplaudir en todas sus partes las súplicas de Judith, fuerza es reconocer, no obstante, las buenas intenciones que la animan, los generosos sentimientos que despliega, y los movimientos de ardiente fé y de varonil corage que brillan en sus invocaciones magníficas. Por lo demas, el hombre marcará siempre hasta el bien que obra con el sello de su propia y original imperfeccion: mas Dios hará tambien resplandecer siempre su fuerza y su santidad al través de la flaqueza y de la iniquidad de nuestras obras.

Despues de haber así preparado su alma, Judith se levantó del lugar en que estaba prosternada delante del Señor, bajó á su habitacion llamó á su doncella, quitóse el cilicio, dejó su lúgubre traje de viuda, lavó su cuerpo y ungióle con preciosos unguentos, repartió en trenzas el cabello de su cabeza, que adornó rica y graciosamente. Atavióse con sus vestidos de gala, calzóse sus sandalias, y púsose los brazaletes, los pendientes, collar y otras sortijas de esplendidez deslumbradora, pues tal era el traje y las joyas que habia llevado en los dias de su antigua felicidad. A este atavío magnífico daba aún mayor realce una belleza sobrenatural que Dios hacia brillar en su rostro; pues Dios, que penetraba en el corazon de su sierva, y veia que la virtud sola y no una vana complacencia de satisfacer una pasion regulaba sus acciones, añadió á la gracia natural de su persona, una superior hermosura, para que apareciese á los ojos de todos con una brillantez incomparable. Sin duda que Dios favorecia así los designios de la heroína, que queria proteger el templo contra los insultos de sus enemigos y arrancar á sus conciudadanos de la opresion y del pe-

ligro de la idolatría. ¿No parece de otra parte, que en las grandes pasiones, el alma sale de sí misma, por decirlo así, como una reina que viene á dar órdenes á sus servidores, y aparece sobre la fisonomía, iluminándola con un rayo de su propia majestad?

Entretanto Judith salió acompañada de su doncella. Para no verse obligada á alimentarse de viandas prohibidas durante los dias que pasase en medio de los enemigos, hizo llevar por su criada algunas provisiones de aceite, queso, higos, pan y una botella de vino. Al llegar á las puertas de la ciudad, halló á Ozías y á los ancianos del pueblo que la estaban aguardando. Al verla, quedaron deslumbrados por su hermosura, no cansándose de admirar lo noble y bello de su persona. Pero sin preguntarle palabra, la dejaron pasar, diciendo solamente: «El Dios de nuestros padres te dé su gracia, y con su virtud esfuerce los designios de tu corazon, para que Jerusalem se gloríe en tí, y sea colocado tu nombre en el número de los santos y justos.» Y todos los que estaban allí presentes apoyaron este patriótico voto exclamando a una voz: «¡Así sea! ¡Así sea!»

Judith, pues, salió fuera de las puertas de la ciudad con la plegaria en los labios, y seguida de su criada. Al despuntar el dia, como ella descendiese de la montaña, las guardias avanzadas de los asirios le salieron al encuentro, y deteniéndola le dijeron: «¿De dónde vienes, y á dónde vas?» Y respondió ella. «Soy una de las hijas de los hebreos, y he huído de ellos porque preveo que han de ser presa de vuestras manos, pues os han despreciado, y no han querido entregarse voluntariamente para ser tratados por vosotros con misericordia. Y por esto he pensado y dicho para mí: Iré á presentarme al príncipe Holofernes para descubrirle los secretos de los hebreos, y darle un medio para sosprenderlos sin que perezca un solo hombre de su ejército.» Los soldados contemplaban atónitos aquella jóven tráfuga, en la cual la gracia de las palabras y de las maneras excedia aun á la belleza y al brillo de los adornos. Y pintándose en sus semblantes el pasmo de que se hallaban poseidos, le dijeron: «Has salvado tu vida

con este designo de venir á presentarte á nuestro príncipe y señor, pues ten por cierto que al parecer delante de él te tratará bien y ganarás su corazon.» Condujéronla, pues, al pabellon de Holofernes declarándole quien era. Entró ella, el general quedó deslumbrado y vencido, y los oficiales decian: «¿Quién menospreciará el pueblo de los hebreos, teniendo como tienen mujeres tan bellas? ¿Y no merecen éstas que hagamos la guerra contra ellos para adquirirlas?» Holofernes estaba sentado bajo un docel de púrpura bordado de oro, y decorado con esmeraldas y otras piedras preciosas. Judith arrojó una mirada sobre el jefe asirio y se postró hasta la tierra en señal de respeto, mas los criados de Holofernes la levantaron por mandato de su señor.

Sin duda que la audacia de sus resoluciones, los pensamientos terribles que nutria en su corazon, la novedad del espectáculo que á su vista se presentaba, aquella especie de fiebre que en las grandes circunstancias afecta los miembros con agitaciones convulsivas, como si estos fuesen harto débiles para seguir los arranques del alma y sostener el peso del entusiasmo: quizá tambien un resto de pavor de que difícilmente puede librarse una mujer en medio de tan trágicas premeditaciones, todo esto junto inspiró á Judith una turbacion, á lo ménos aparente, pues que Holofernes le dirigió palabras para alentarla ántes preguntarle el motivo de su fuga. «Cobra aliento y destierra de tu corazon todo temor, pues nunca he tratado mal á nadie que haya querido someterse á nuestro rey. Y si tu pueblo no me hubiese despreciado, no hubiera contra él empuñado mi lanza. Mas dime ahora: ¿Por qué causa los has abandonado á ellos y resuelto á venirme entre nosotros?» La artificiosa Judith respondió así: «Atiende á las palabras de tu sierva, porque si siguieres los consejos de tu esclava, el Señor dará cumpliminto á tu empresa.....La prudencia de tu espíritu es celebrada entre todas las naciones, y todo el mundo sabe que tú solo eres el mejor y mas poderoso personaje de su reino, y en todas las provincias no se habla mas que de tu pericia militar. No se ignora lo que habló Aquior, ni ménos lo que tú